

## EL GATO

### I

**Z**ANAHORIA lo ha oído decir: no hay nada tan bueno como la carne de gato para pescar langostas: ni las tripas de pollo ni los despojos de carnicería.

Y he aquí que sabe de un gato al que desprecian porque está viejo, enfermo y pelado por diferentes sitios. Zanahoria le invita a tomar una taza de leche con él en el sotechado. Estarán solos. Puede ser que un ratón se aventure a salir de la pared; pero Zanahoria no promete más que la taza de leche. La ha dejado en un

### ZANAHORIA

rincón. Empuja hacia ella al gato, y le dice:

—Regálate.

Le halaga el espinazo, le prodiga nombres tiernos, observa sus lengüetazos vivos, y al cabo se enternece.

—¡Pobrecillo! ¡Goza de lo que te queda!

El gato vacía la taza, limpia bien el fondo, enjuga los bordes, y ya no lame más que sus labios untados de azúcar.

—¿Has acabado ya del todo?—pregunta Zanahoria, sin dejar de acariciarle.—Tú te beberías, sin duda, otra taza; pero no he podido robar más que ésta. Y luego, más pronto o más tarde...

A estas palabras, le aplica el cañón de la escopeta a la frente, y dispara.

La detonación aturde a Zanahoria. Cree que el sotechado entero ha saltado, y cuan-

do la nube se disipa, ve a sus pies al gato, que le mira con un ojo.

El tiro se le ha llevado media cabeza, y la sangre cae dentro de la taza de leche.

—¡Parece que no está muerto!—dice Zanahoria.—Y, sin embargo, ¡cáspital, le he apuntado bien.

No se atreve a menearse: tanto le inquieta el ojo único con su brillo amarillento.

El gato, en el temblor de su cuerpo, da señal de vida; pero no intenta esfuerzo ninguno para cambiar de sitio. Parece desangrarse a propósito en la taza, con cuidado, para que no se pierda ni una gota.

Zanahoria no es un principiante. Por gusto propio o por cuenta ajena, ha matado pájaros silvestres, animales domésti-

cos, un perro. Sabe lo que hay que hacer, y que si el animal tiene la vida dura, hay que avivar, excitarse, rabiar, arriesgar, si es necesario, una lucha cuerpo a cuerpo. Si no, nos suelen sorprender accesos de sensiblería. Nos acobardamos, perdemos el tiempo, y es cosa de nunca acabar.

Primero intenta algunos prudentes mimos. Después agarra al gato por la cola y le asesta en la nuca unos golpes tan violentos con la culata, que cada uno parece el postrero, el golpe de gracia.

Locas las patas, el gato moribundo araña el aire, se encoge hasta hacerse un ovillo, o se queda estirado, sin chillar.

—¿Quién era el que me aseguraba que los gatos lloran al morir?—dice Zanahoria.

Se impacienta. Aquello va siendo largo. Deja a un lado la escopeta, rodea al ani-

mal con sus brazos, y, exaltándose al sentir que penetran las garras en su cuerpo, juntos los dientes, tempestuosas las venas, le ahoga.

Pero él se ahoga también; vacila, falto de fuerzas, y cae al suelo sentado, pegada su cara a la cara y sus dos ojos al ojo único del gato.

## II

Ahora está Zanahoria tendido en su cama de hierro.

Su familia y los amigos de su familia, llamados con toda precipitación, inspeccionan, encorvados bajo la techumbre gacha del sotechadillo, los lugares en que se desarrolló el drama.

—¡Ah!—dice su madre.—He tenido que centuplicar mis fuerzas para arrancarle

el gato, machacado sobre su corazón. Os certifico que no me aprieta él así.

Y mientras va explicando las huellas de una ferocidad que más adelante, en las veladas de familia, ha de aparecer como legendaria, Zanahoria duerme y sueña.

Está paseándose junto a un arroyo en que los rayos de una luna inevitable se agitan, cruzándose como las agujas de una mujer que hace media.

En los reteles, los miembros del gato despedazado llamean a través del agua translúcida.

A ras del prado, unas neblinas blancas se deslizan, envolviendo quizá leves fantasmas.

Zanahoria, con las manos a la espalda, les demuestra que nada tienen que temer.

Un buey se acerca, se para, resopla, se aleja en seguida, extiende hasta el cielo

el ruido de sus cuatro pezuñas, y se desvanece.

¡Qué calma, si el arroyo parlanchín no charlara, no cuchicheara, no molestara tanto él solo como una reunión de viejas!

Zanahoria, como si le quisiera pegar para que se callase, levanta poco a poco la caña de un retel, y he aquí que de entre las cañas surgen unas langostas gigantes.

Siguen cruzando, y salen del agua derechas, relucientes.

Zanahoria, entumecido por la angustia, no acierta a huir.

Y las langostas le rodean.

Y se le suben a la garganta.

Crepitan.

Ya abren sus pinzas de par en par.

## LOS CARNEROS

ZANAHORIA no ve por de pronto más que unas vagas bolas que saltan. Lanzan gritos atronadores y revueltos, como niños que juegan en el patio de una escuela. Una se le mete por entre las piernas y le hace sentir cierto malestar. Otra salta en plena luz de la claraboya. Es un cordero. Zanahoria se sonríe al pensar en el miedo que tuvo. Sus ojos van acostumbrándose gradualmente a la obscuridad, y los detalles se precisan.

Ha empezado la época de los nacimientos. No hay mañana en que Pajol, el arren-

dador, no cuente dos o tres corderos más. Se los encuentra perdidos entre las madres, torpes, vacilándoles las patas tiesas: cuatro maderos de una grosera escultura.

Zanahoria no se atreve a acariciarlos todavía. Ellos, más atrevidos, le chupean ya los zapatos, o le ponen encima las patas delanteras, con una brizna de heno en la boca.

Los mayores, los que ya tienen una semana, se estiran con un violento esfuerzo de los cuartos de atrás, y dan una zapateta en el aire. Los que tienen un día, flacos, se caen sobre las rodillas angulosas, para volverse a levantar llenos de vida. Uno chiquito que acaba de nacer se arrastra viscoso, no lamido aún. La madre, con la molestia de su bolsa hinchada de agua que cuelga tambaleándose, le rechaza a topetazos.

—¡Qué mala madre!—dice Zanahoria.

—Los animales son como las personas—dice Pajol.

—Sin duda, querría buscarle ama.

—Casi, casi—dice Pajol.—A más de uno hay que darle biberón; un biberón como los que se compran en casa del boticario. Pero no suele durar mucho: la madre se enternece, y, además, se las obliga.

La coge por los brazuelos y la afsla en una jaula. Le ata al cuello un corbatín de paja para reconocerla si llega a escaparse. El cordero se ha ido tras ella. La oveja come con un ruido de escofina, y el animalillo, tembloroso, se empina sobre sus miembros blandos, intenta mamar, quejumbroso, envuelto el hocico en una jalea trémula.

—¿Le parece a usted que se humanizará?—pregunta Zanahoria.

—Sí; cuando se le cure el trasero—con-  
testa Pajol:—ha tenido un parto difícil.

—Insisto en mi idea—dice Zanahoria.—¿Por qué no se confía provisionalmente el animalito a los cuidados de una extraña?

—No le admitiría—dice Pajol.

En efecto: desde las cuatro esquinas del establo entrecrúzanse los balidos de las madres indicando la hora de mamar, y, monótonos a los oídos de Zanahoria, tienen matices para los corderos, porque, sin confusión, cada cual se precipita derecho hacia la teta materna.

—Aquí—dice Pajol—ninguna roba criaturas.

—¡Qué raro—exclama Zanahoria—es tal instinto de la familia en estos fardos de lana! ¿Cómo se puede explicar? Acaso por la finura de su nariz.

Casi le dan ganas de tapársela a una para ver.

Compara profundamente hombres y carneros, y le gustaría saber los nombres de los corderitos.

Mientras éstos chupan ávidos, las madres, sintiendo en el costado el empujón de la nariz, van comiendo, apacibles, indiferentes. Zanahoria echa de ver en el agua de una pila trozos de cadena, flejes de ruedas, una pala vieja.

—¡Bonita está la pila!—dice en tono incisivo.—De seguro que enriquece la sangre de los animales todo este hierro viejo.

—¡Es natural!—dice Pajol.—También tú tomas píldoras.

Da a probar el agua a Zanahoria. Para hacerla aún más fortificante, echa todo lo que coge.

—¿Quieres una garrapata?—pregunta.

—¡Con mucho gusto!— contesta Zanahoria, sin saber lo que es.—¡Gracias anticipadas!

Pajol hurga en la espesa lana de una madre, y saca entre las uñas una garrapata amarilla, redonda, rechoncha, bien alimentada, enorme. Según Pajol, dos del mismo tamaño serían capaces de devorar la cabeza de un niño como si fuese una ciruela. Se la pone a Zanahoria en el hueco de la mano, y le aconseja que, si quiere risa y diversión, la meta en el cuello o en el pelo de su hermano o de su hermana.

Ya está trabajando la garrapata, atacando la piel. Zanahoria siente picotazos en los dedos, como si les cayera encima granizo. Pasan pronto a la muñeca, se extienden hasta el codo. Parece como si la garrapata, multiplicándose, fuera a roerle el brazo hasta el hombro.

Peor para ella. Zanahoria la estruja, la aplasta, y se limpia la mano en el lomo de una oveja, sin que Pajol se dé cuenta de ello.

Dirá que se le ha perdido.

Por un momento Zanahoria sigue escuchando, recogido en sí, los balidos, que poco a poco se calman. Dentro de un instante no se oirá más que el ruido sordo del heno triturado entre las mandíbulas lentas.

Colgado de la barra de un pesebre, un capote de rayas descoloridas parece guardar a los borregos, él solo.

## PADRINO

**A**LUNA vez la señora de Lepic da permiso a Zanahoria para que vaya a ver a su padrino, y hasta para que se quede a dormir en su casa. Es un viejo malhumorado, solitario, que se pasa la vida pescando o en sus viñas. A nadie quiere, y no soporta más que a Zanahoria.

—¿Tú por aquí, ganso?—le dice.

—Sí, padrino—contesta Zanahoria, sin darle un beso.—¿Me tienes a punto mi caña de pescar?

—Con una hay bastante para los dos—dice padrino.

## ZANAHORIA

Zanahoria abre la puerta de la troj y ve su caña a punto. De este modo le hace rabiar siempre su padrino; pero él, avisado, ya no se enfada, y apenas la manía del viejo complica un poco sus relaciones. Cuando dice que sí, quiere decir que no, y viceversa. Sólo se trata de no dejarse engañar.

—Si a él le divierte, a mí no me molesta gran cosa—piensa Zanahoria.

Y siguen siendo buenos amigos.

Padrino, que de ordinario no hace comida más que dos veces por semana para toda ella, pone a la lumbre, en honor de Zanahoria, un gran puchero de alubias con un buen pedazo de tocino, y, para empezar el día, le hace beberse un vaso de vino puro.

Luego salen a pescar.

Padrino se sienta a la orilla del agua y

desenvuelve metódicamente su crin de Florencia. Consolida con grandes pedruscos sus cañas impresionantes, y no pesca más que los gordos; los envuelve coleando en una toalla, y los faja como a niños pequeños.

—Sobre todo—advierte a Zanahoria,—no tires de la caña hasta que el corcho no se haya hundido tres veces.

## ZANAHORIA

¿Por qué han de ser tres?

## PADRINO

La primera no significa nada: el pez pica. La segunda ya va en serio: el pez traga. La tercera es la fija: el pez ya no se escapa. Nunca es demasiado tarde para tirar.

Zanahoria prefiere pescar gobios. Sedes-calza, se mete en el río, y remueve con los pies el fondo arenoso para enturbiar el agua. Los gobios, estúpidos, acuden, y Zanahoria saca uno cada vez que echa la caña. Apenas le queda tiempo para gritar al padrino:

—¡Diez y seis, diez y siete, diez y ocho!...

Cuando padrino ve que el sol está encima de su cabeza, vuelven a casa para almorzar. Atiborra de alubias a Zanahoria.

—No conozco nada mejor—le dice;—pero las quiero cocidas con leche y harina. Más me gustaría morder el hierro de un pico, que comer una habichuela de esas que chascan entre los dientes, con un ruido como el de un perdigón en un ala de perdiz.

## ZANAHORIA

Ésas se deshacen en la lengua. Mamá no suele hacerlas del todo mal. Pero no son como éstas. Debe de ahorrarse leche.

## PADRINO

Ganso, me da gusto verte comer. Apostaría a que no comes todo lo que quieres al lado de tu madre.

## ZANAHORIA

Todo consiste en las ganas que ella tenga. Si tiene hambre, según su hambre como. Al servirse, me hace plato a mí de propina. Cuando ella acaba, acabo también yo.

## PADRINO

¡Se pide más, bobol!

## ZANAHORIA

Eso es fácil de decir, amigo. Además, siempre es mejor quedarse con gana.

## PADRINO

¡Y yo, que no tengo hijos, le besaría el trasero a un mono, si el mono fuera hijo mío! ¡Átenme esos cabos!

Acaban el día en la viña, donde Zanahoria, tan pronto mira cavar a su padrino siguiéndole paso a paso, como, tendido sobre unos haces de sarmientos, levantando al cielo los ojos, va chupando pedacitos de mimbre.

## LA FUENTE

No se queda a dormir con su padrino por el gusto de dormir. Si el cuarto es frío, la cama de pluma es demasiado calurosa, y la pluma, suave para los envejecidos miembros del padrino, rápidamente pone a nadar al ahijado. Pero duerme lejos de su madre.

—¿De modo que le tienes mucho miedo?—dice padrino.

ZANAHORIA

Más bien será que ella no me tiene miedo a mí. Cuando quiere imponer una co-

ZANAHORIA

rección a mi hermano, él corre a buscar un mango de escoba, se le planta delante, y te juro que la hace pararse en seco. Así, prefiere cogerle por los sentimientos. Dice que Félix es de naturaleza tan susceptible, que no se adelantaría nada con golpes, y que éstos se aplican mejor a la mía.

Debías aprender lo de la escoba, Zana-  
horia.

ZANAHORIA

¡Ay, si me atreviese! Muchas veces nos hemos pegado Félix y yo, de veras o por juego, y soy tan fuerte como él. Como él me defendería. Pero si mamá me viese armado de una escoba frente a ella, creería que voy a llevársela. Pasaría de mis ma-

nos a las suyas, y hasta puede que me die-  
ra las gracias antes de los golpes.

PADRINO

¡Duérmete, ganso, duérmete!

Ni el uno ni el otro quieren dormirse.  
Zanahoria se vuelve, ahogándose, en bus-  
ca de aire, y a su viejo padrino le da lás-  
tima.

De pronto, cuando Zanahoria va a que-  
darse dormido, padrino le coge del brazo.

—¿Estás ahí, ganso?—dice.—He soñado,  
y creí que aun estabas en la fuente. ¿Te  
acuerdas de la fuente?

ZANAHORIA

Como si estuviese en ella, padrino. No  
te lo echo en cara; pero me hablas de eso  
muy a menudo.

PADRINO

¡Pobre ganso! Cada vez que me acuerdo,  
me echo a temblar con todo mi cuerpo.  
Me había quedado dormido sobre la hier-  
ba; tú estabas jugando al borde de la  
fuente; resbalaste, te caíste, gritaste, em-  
pezaste a patalear, y yo, ¡miserable de  
mí!, sin oír nada. Apenas había agua para  
que se ahogase en ella un gato; pero tú no  
salías, y eso era lo grave. ¿No se te ocu-  
rría salir?

ZANAHORIA

¡Te figurarás que voy a acordarme de  
lo que se me ocurría dentro de la fuente!

PADRINO

Por fin, el chapoteo me despierta. ¡Ya  
era tiempo! ¡Pobre ganso, pobre ganso!

Vomitabas como una bomba. Hubo que mudarte, y te pusieron el traje de los días de fiesta de Bernardito.

ZANAHORIA

¡Sí; y me picaba, y tenía que rascarme. Debía de ser un traje de crin.

PADRINO

No; pero Bernardito no tenía una camisa limpia que prestarte. Hoy me río, y un minuto, un segundo que hubiera pasado, te saco muerto.

ZANAHORIA

¡Ya estaría lejos!

PADRINO

¡Cállate! He dicho tonterías, y desde entonces no he vuelto a pasar una buena

noche. Mi castigo es haber perdido el sueño: merecido lo tengo.

ZANAHORIA

Padrino, yo no lo merezco, y quisiera dormir.

PADRINO

¡Duérmete, ganso, duérmete!

ZANAHORIA

Si quieres que me duerma, padrinito, suéltame la mano. Ya te la devolveré en cuanto haya dormido. Y separa también la pierna, que los pelos me pinchan. No me es posible dormir cuando me tocan.

## LAS CIRUELAS

UN poco agitados, se revuelven en la pluma, y el padrino dice:

—¿Duermes, ganso?

ZANAHORIA

No, padrino.

PADRINO

Yo tampoco. De buena gana me levantaría. Si quieres, podemos ir a buscar gusanos.

—¡Es una ideal—dice Zanahoria.

Saltan de la cama, se visten, encienden una linterna y salen al jardín.

## ZANAHORIA

Zanahoria lleva la linterna, y el padrino una caja de hojalata llena hasta la mitad de tierra mojada. Cultiva en ella un repuesto de gusanos para pescar. Los tiene cubiertos con musgo húmedo, de manera que nunca le falten. Cuando durante el día ha llovido, la recolección es abundante.

—Cuidado, no los pises—dice a Zanahoria;—anda despacio. Si no fuese por temor al catarro, me pondría alpargatas. Al menor ruido, el gusano se mete en su agujero. No se le puede coger más que cuando se aleja demasiado de su casa. Hay que cogerle de un modo brusco, y apretando un poco para que no se escurra. Si tiene ya medio cuerpo dentro, suéltale: lo romperías. Y un gusano roto, para nada vale. Primero, hace que los demás se pudran, y los peces delicados los desdeñan. Hay pescadores que economizan gusanos: ha-

cen mal. No se pescan peces hermosos más que con gusanos enteros, vivos, que se retuerzan en el fondo del agua. El pez se imagina que tratan de huir, se lanza en su persecución, y los devora sin desconfianza.

—A mí se me escapan casi siempre —murmura Zanahoria,—y me dejan los dedos untados de su baba asquerosa.

PADRINO

Un gusano no es asqueroso. Un gusano es lo más limpio que hay en el mundo. No se alimenta más que de tierra, y cuando le aprietan, no devuelve más que tierra. Lo que es yo, los comería.

ZANAHORIA

Pues, por mi parte, te los cedo. A ver, cómelos.

PADRINO

Éstos están un poco gordos. Primero habría que asarlos a la parrilla, y luego extenderlos en pan. Pero los pequeños me los como crudos: por ejemplo, los de las ciruelas.

ZANAHORIA

Sí, ya lo sé. Por eso le repugnas a mi familia, a mamá sobre todo, y en cuanto se acuerda de ti, le dan náuseas. Yo te apruebo, sin imitarte, porque no eres difícil y hacemos buenas migas.

Levanta la linterna, baja una rama de ciruelo y coge unas cuantas ciruelas. Se guarda las buenas y da las agusanadas a padrino, que dice, tragándoselas enteras, redondas, con hueso y todo:

—Éstas son las mejores.

ZANAHORIA

¡Oh! He de acabar por aficionarme y comerlas como tú. Sólo temo echar mal olor, y que mamá lo note si me da un beso.

—No huelen—dice el padrino echando el aliento a la cara de su ahijado.

ZANAHORIA

Es verdad. No hueles más que a tabaco. Eso sí; hueles a tabaco que apestas. Te quiero mucho, padrinito; pero más te querria, y más que a nadie, si no fumaras en pipa.

PADRINO

¡Ganso! Así se va uno conservando.

MATILDE

OYE, mamá—dice Ernestina, la hermana, a la señora de Lepic;—Zanahoria sigue jugando en la pradera con Matildita a marido y mujer. Félix, el hermano mayor, los viste. Y, si no me equivoco, eso está prohibido.

Efectivamente: en el prado, Matildita permanece inmóvil y tiesa, con su tocado de clemátide silvestre de flores blancas. Adornada como está, parece, sin duda, una novia prendida de azahares. Y tantos tiene, que serían bastantes para aliviar todos los cólicos de la vida.